

Abú Daud y los terrorismos



Abu Daud, a su llegada a Argel: Francia no cedió ante las presiones.

EL tema de la detención y liberación del dirigente guerrillero palestino conocido como Abu Daud, en Francia, es un episodio de suma importancia por todos los temas internacionales que suscita. Abu Daud está acusado de haber dirigido y quizá participado en el ataque contra los atletas israelíes que participaban en la Olimpiada de Munich de 1972. El suceso se produjo más o menos así: los palestinos atacaron el campamento israelí e hicieron prisioneros a los atletas: los utilizaron como rehenes y pidieron un avión para salir con ellos de Alemania Federal. Alemania Federal fingió aceptar las condiciones, pero, en realidad, estaba preparando una trampa. Cuando captores y rehenes se encontraban ya en el aeropuerto, tiradores especializados de la Policía alemana comenzaron a disparar. Se produjo una verdadera matanza entre los secuestrados y los secuestradores. La actitud alemana fue sumamente criticada, y ya ahí se produce uno de los primeros temas: el de sí, ante un caso de rehenes y secuestro, las autoridades de un país deben responder con la violencia para no fomentar el terrorismo, o si deben ceder para evitar la pérdida de vi-

das humanas inocentes, sobre las de los rehenes. Es una cuestión todavía sin resolver.

Abu Daud vive en la clandestinidad desde entonces. Una clandestinidad que se supone activa, y se le atribuye la preparación de otros actos semejantes. Estaba reclamado por las autoridades de Baviera. En Francia se señaló su presencia y el viernes 7 de enero fue detenido

sentido conservador, decididamente antiárabe desde la guerra con Argelia y muy influida directamente por el Estado de Israel. En este caso, el ministro del Interior, Ponia-towski, de quien teórica y oficialmente depende esta Policía, comparte su vocación: es poco amigo de árabes y muy favorable al Gobierno de Israel, con lo cual está en contradicción con la política de su

caso de la DST francesa, como en el de la CIA, sus actividades pueden ser graves para el conjunto de la nación, y pueden inclinar los acontecimientos hacia extremos insospechados. Como las tribulaciones que está padeciendo Francia por todo este asunto.

No se ha sabido bien el motivo original de la detención de Abu Daud. En un principio, Francia dijo oficialmente que se trataba de aceptar una petición de arresto hecha por la Policía de Baviera; cuando Alemania Federal lo negó, dio una versión diferente: Abu Daud había sido detenido solamente por uso de pasaporte falso.

Detenido y llevado ante los jueces, éstos decidieron que no había cometido ningún delito en el territorio nacional, y que sólo una demanda de extradición podía justificar su detención. Constataron que no existía tal demanda, o que no se había presentado ninguna en plazo hábil. En consecuencia, Abu Daud fue puesto en libertad y salió del país. Nuevo tema: el de la independencia judicial. Francia es un tradicional país de asilo. Si en la vida cotidiana, Francia ha sido un país más bien duro para con los exiliados políticos —recordemos todos

Eduardo Haro Tecglen

por la DST (División de Surveillance du Territoire: una Policía especial). La DST tiene una personalidad propia, que en varias ocasiones ha actuado contra otras Policías gubernamentales francesas, y se le ha acusado de trabajar por su cuenta. Ha estado mezclada en algunos grandes escándalos: el más famoso, el del asesinato de Ben Barka, dirigente izquierdista marroquí al que probablemente asesinó con sus manos el luego asesinado general Ufki, hombre de confianza del Rey Hassan de Marruecos hasta que le traicionó. La DST sería una Policía de contraespionaje del tipo de la CIA, muy politizada en un

Gobierno. En la detención de Abu Daud en París se le atribuyen dos posturas, ninguna de las cuales favorece su imagen: o bien ignoraba que su Policía estaba deteniendo al dirigente palestino, lo cual es grave para un ministro del Interior, o bien participaba en esa detención sin que lo supiera el primer ministro y el Presidente de la República, lo que le configuraría como un conspirador desde el interior mismo del Gobierno. El segundo tema que se suscita aquí, con un alcance general, es el de las Policías y servicios parapolicíacos independientes, y su actividad propia con respecto a las autoridades civiles del país. En el

Abú Daud



Poniatowski: poco amigo de los árabes.

los principios del exilio republicano español de 1939—, la realidad es que pocas veces ha entregado a un exiliado.

Como consecuencia de esta liberación de un detenido que el Gobierno no hubiese deseado detener, se produce una tormenta diplomática: desde la de Israel, con retirada de embajadores, hasta las duras frases emitidas desde Estados Unidos contra el comportamiento del Gobierno francés. Se acusa a Francia de realizar una política proárabe —con la esperanza de tener mejores y más baratos suministros de petróleo— y llevarla al extremo de favorecer el terrorismo internacional. Y aquí se suscita la gran cuestión: la falta de solidaridad entre las naciones occidentales para combatir y castigar el terrorismo. Se habla una vez más de celebrar una convención europea sobre el terrorismo, y de obligar a todos los países a que la cumplan. Esta convención sostendría la tesis de que cualquier acto de terrorismo cometido en cualquier país debería ser castigado por cualquier otro país firmante de la convención: o, cuando menos, el culpable debería ser entregado "ipso facto" al país que lo reclamase, sin demasiadas trabas judiciales. Es un tema que se viene deliberando desde hace años, en la misma ONU o en comisiones paralelas. Se llega a ciertos acuerdos, pero esos acuerdos no trascienden nunca a una realidad.

La razón está clara: ningún país condena abiertamente el terrorismo —salvo en las frases—, porque nunca sabe cuándo el terrorismo va a actuar en favor suyo. Es una desgracia, quizá, pero es así. Los Estados Unidos, que son los primeros en la lucha teórica contra el te-

rorismo —porque han sido víctimas de los principales secuestros de aviones y porque están decididamente del lado de Israel en esta cuestión, y se sabe que Israel es la primera víctima del terrorismo palestino—, no han castigado a los que han hecho "raids" contra Cuba (recientemente, un avión cubano ha sido derribado en condiciones misteriosas) porque iría contra sus propios principios de Estado.

El terrorismo es una vieja plaga, que en nuestros días adquiere un volumen mayor como respuesta de unas minorías a las que no se deja una fuerza opinante, se llamen irlandeses del Ulster o palestinos. Esto no es una justificación; es una constatación. El terrorismo es injustificable, como lo es toda violencia. Toda violencia, se quiera o no, se ejerce contra personas inocentes. Es cierto que la medida más acertada para combatir el terrorismo sería la de eliminar las causas de opresión y constituir una sociedad nueva y justa, pero esto pertenece a la utopía, por lo menos en este siglo.

Lo que no debería pertenecer a la utopía es una serie de hechos que se están produciendo continuamente. Como algunos de los reseñados: la discusión del derecho de asilo, la independencia judicial, la retención o liberación de un culpable por motivos políticos, las presiones internacionales sobre la soberanía de un país. Y temas más generales, como el de la situación

de los palestinos respecto de su propia patria. Lo cual no debería estar en contradicción con la existencia de los israelíes y su propia vida como Estado. Se saben sobradamente las razones por las cuales los israelíes fueron dotados de un territorio en su vieja Palestina: las de los ingleses para oponerse a los nacionalismos árabes, las de los americanos para tener una cabeza de puente en esa zona afroasiática y un acceso al canal de Suez y al petróleo. Se ha jugado con la ansiedad y la angustia de los inmigrantes judíos, se ha especulado con algo tan sagrado como los millones de vidas humanas segadas por Hitler. Lo que se ha hecho es ya irrepetible, y parece irrepetible también el destino de los palestinos, con el cual juegan a su vez países árabes poderosos y conveniencias internacionales. Con este fondo, ninguna de las conferencias de paz y ninguna de las negociaciones que ha querido protagonizar Kissinger —a quien ahora se da la medalla de la Libertad en los Estados Unidos, que tendrá junto a su premio Nobel de la Paz: nunca se había producido tanto cinismo— pueden salir adelante.

Mientras haya estos componentes en las políticas nacionales e internacionales, no nos veremos libres del terrorismo. El terrorismo, entendido como tal, como una acción contra personas inocentes, tomadas como ejemplo de una sociedad, es una injusticia que se alza

contra la injusticia. Es una monstruosidad contra otras monstruosidades. La vida de los exiliados palestinos es trágica, y las matanzas y persecuciones de que son víctimas, muchas veces los que han considerado sus hermanos de raza, es un ejemplo de otro terrorismo. Tiene la equivalencia de las persecuciones y matanzas sufridas por los judíos en Europa —con otro número, mucho menor, y con otros métodos—.

La salida diplomática de esta cuestión será larga y enrevesada, y quizá traiga alguna acción de represalia de Israel (Francia las ha sufrido ya: hay también un terrorismo israelí, y hubo un secuestro de lanchas de guerra bloqueadas en un puerto francés), del tipo de la de Entebbe, que se está glorificando cuando un escarnio al derecho internacional, si bien el primer violador de todo derecho es el mariscal Amin Dadá, otro personaje cuya caricatura nos recuerda que tras ella se pueden ver los rasgos de otros gobernantes menos pintorescos, más artistas en diplomacia y disimulo, pero igualmente brutales y opresores.

Difícilmente se puede salir de estas zonas políticas donde todo es una farsa trágica. La detención y liberación de Abú Daud tiene estas características. Podría haber planeado desde un principio para desmontar la política proárabe de Francia. Cosas más truculentas se están viendo.



Uno de los fedayines, durante el asalto a la villa olímpica de Munich en 1972: ¿lo dirigió Abu Daud?